

RECIBIR LA COMUNIÓN EN LA MANO

“Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad, comed: esto es mi cuerpo”.

*(Narración de la Última Cena de Jesús,
según Mateo 26,26)*

En la antigüedad los cristianos recibían el pan en la mano, expresando de este modo que eran como pobres que pedían por limosna el pan que no merecían. Durante el primer milenio la comunidad cristiana mantuvo con naturalidad la costumbre de recibir el Pan eucarístico en la mano.

“Cuando te acerques a recibir el Cuerpo del Señor, no te acerques con las palmas de las manos extendidas ni con los dedos separados, sino haciendo de tu mano izquierda como un trono para tu derecha, donde se sentara el Rey. Con la cavidad de la mano recibe el Cuerpo de Cristo y responde Amén”.

*(San Cirilo de Jerusalén,
Catequesis sobre la Eucaristía, siglo IV)*

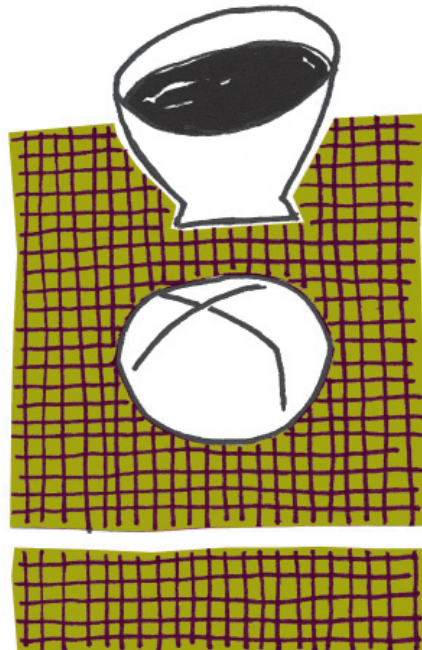
Poco a poco, cambió la sensibilidad del pueblo cristiano respecto al modo de comulgar. El paso a recibir el Cuerpo del Señor en la boca no se hizo por decreto ni uniformemente. Se puede decir que sólo en el segundo milenio fue general y obligatorio el recibir la comunión en la boca los laicos.

Entre otros, estos motivos influyeron en hacer semejante cambio: el miedo a las profanaciones de la Eucaristía o de prácticas supersticiosas; otros pensaron que la nueva forma de comulgar ponía más de manifiesto el respeto y la veneración a la Eucaristía en un período en que se fue acentuando progresivamente este aspecto de adoración y de misterio; y, sobre todo, la nueva sensibilidad en torno al papel de los ministros ordenados, en contraste con los simples fieles; se fue acentuando la valoración de los sacerdotes y paralelamente el alejamiento de los laicos: de ahí a considerar que las únicas manos que podían tocar la Eucaristía eran las sacerdotales no hubo más que un paso.

Con ocasión de la reforma litúrgica conciliar, fue creciendo el deseo de que los fieles pudieran recibir la comunión en la mano, restaurando así la vieja costumbre. Las Conferencias Episcopales de cada nación debían pedir oficialmente a Roma la posibilidad de recuperar este antiguo modo de hacer que se había perdido. Así lo hizo la de España que obtuvo la respuesta afirmativa en febrero de 1976. *Desde entonces el modo de hacerlo es libre. El fiel es quien opta por un modo u otro de comulgar, no el ministro el que lo impone ni en un sentido ni en otro según su gusto o preferencia.*

Los dos modos de recibir el Cuerpo del Señor tienen sentido, y los dos pueden expresar igualmente nuestra comprensión y nuestro respeto al misterio eucarístico. Son varios, sin embargo, los motivos que han llevado a muchos a preferir la comunión recibida en la mano:

- parece un modo más natural de realizar el rito; es más normal depositar lo que se ofrece en la mano que en la boca;
- es más delicado y más respetuoso con la persona que va a comulgar, que así tiene una intervención más activa en la comunión: la recibe del ministro eclesial, pero a la vez es el fiel quien “se comulga” a sí mismo; recibirla en la boca expresa bien que “recibimos” la Eucaristía por mediación de la Iglesia, pero hace menos transparente nuestra intervención activa en el rito;
- es más fácil el diálogo que acompaña al gesto: “Cuerpo de Cristo”, “Amén”: no se dice mientras se tiene que abrir la boca, sino mientras se reciben la mano;
- expresa más claramente la dignidad del cristiano laico: por el Bautismo todos formamos parte del pueblo sacerdotal, todos somos hijos y hermanos en la familia de la Iglesia.



Forma concreta de comulgar en la mano

El modo más expresivo para recibir la comunión en la mano consiste en extender la mano izquierda, bien abierta, haciéndole con la derecha, también extendida, “como un trono”, según decía san Cirilo, para luego con la derecha tomar el Pan y comulgar allí mismo, de cara al ministro que te lo acaba de dar, antes de volverte a tu lugar. No se “toma” el Pan ofrecido con los dedos –a modo de pinzas– sino que el ministro lo deposita dignamente en la palma abierta de la mano.

Siempre hay que hacer el gesto con pausa y dignidad. Este es el momento más sagrado de la celebración: cuando recibimos personalmente el Cuerpo de Cristo. Lo deben de saber ya los niños que se acercan a la comunión por primera vez. Lo deben recordar los adolescentes o jóvenes que han sido confirmados y comulgan.

Hay que dar su importancia al diálogo: el ministro que distribuye la Eucaristía muestra el Pan al fiel, dice “El Cuerpo de Cristo”, y espera la respuesta del “Amén” para entregar pausadamente la comunión. Ni el ministro ni el fiel deben, por tanto, estar cantando en ese momento, sino atentos a la acción más personal que realizan.

Después de recibir el Pan consagrado en la mano, el fiel ha de comulgar allí mismo, antes de retirarse a su lugar.

